

profetismo ecuménico

La primera impresión que tengo al leer el título “profetismo ecuménico” y deber escribir sobre la Comunidad de Taizé, es la de temor. Sí, temo y me asusta este título porque, queramos o no, lo profético resuena como algo solemne, grande, tremendamente excepcional, casi rodeado de truenos y relámpagos. Quizás sea esta una visión “antigua” de las cosas, pero pesa en nuestro interior, todavía. Taizé, para mí, ha sido y es todo lo contrario de la solemnidad, de la grandilocuencia, de lo imponente ¿Me atreveré, yo, amigo de Taizé, a unir toda esa carga grave de “profetismo” a lo que sucede en la colonia tan querida y recordada de las tierras borgoñonas? ¿Se atrevería cualquier hermano de la Comunidad a hacerlo?

Sin embargo, ¿no será, por otra parte, que tenemos una idea un tanto académica, libresca, de lo que es el profetismo? ¿No será que el profetismo, contado, escrito, ha quedado en nuestra imaginación, tan respetuosamente tratado, que nos hemos hecho incapaces de “re-

conocer” el soplo del Espíritu, cuando susurra a nuestro lado y en nuestro tiempo?

Si prescindiendo de posibles grandilocuencias esperamos la presencia del Espíritu en ese “a través de los gestos humildes pero eficaces”, que, en su pequeñez, tienen fuerza para contradecir a nuestra “buena conciencia”, recuperaremos en la humildad realista, la capacidad para, casi en silencio, decir que también en nuestra época y a nuestros ojos, el Señor envía actitudes proféticas para consuelo y esperanza de los hombres.

Con esta perspectiva podemos y debemos hablar, en la serenidad, del “profetismo ecuménico de Taizé”, pero hacerlo, sin pretensiones de sonoridad.

Taizé, en efecto, es un gesto humilde, pero eficaz, que señala y llama, invita y contradice. Por eso está tocado de profetismo. Pero, a la vez, y por ser eso, es una realidad dinámica, inacabada, en marcha, de la cual no se puede dar un “resumen” ni emitir un juicio de-

finitivo. Y, para hacerlo aún más fluido y hasta resbaladizo, se encuentra ahora, como todos los grupos de creyentes, sensible y abierto ante las incertidumbres del futuro.

Quizás lo mejor, para dar una visión de Taizé, sea, como ha hecho un gran amigo de los hermanos, comenzar por el recuerdo de cómo y porqué uno o muchos han llegado allí. Sí, es lo mejor, porque se trata de dar noticias de algo vivo, en marcha y, ciertamente, no es lo mismo referirnos a lo que fue Taizé en sus comienzos, en la etapa del Concilio, o ahora en estos últimos meses o días. Tal es la dinamicidad que lo preside. Pero, con ello, ya tenemos una primera nota muy importante, a tener en cuenta de este movimiento: su capacidad de vibración al unísono con el momento de la Iglesia.

Taizé, para los españoles, empezó a "ser noticia" cuando ya llevaba bastantes años de existencia. Primeramente unos pocos leyeron las primeras obras del Prior, la Regla, comenzaron a oír algo de los poquísimos que habían ido por allí. Después el Concilio y las visitas del hermano Robert, amén de la primera y única visita del Hermano Prior, Roger Schutz, que en la Cuaresma de 1963 vino a Madrid y Sevilla, invitado por el Cardenal Bueno Monreal, iniciaron lo que hoy podemos llamar la fraternidad de "los amigos de Taizé".

Más que nadie el hermano Robert sabe cómo y porqué han ido a Taizé tanto y tantos españoles. El sabe de los hilos misteriosos, a veces, o siempre invisibles que unen a tantos amigos con la Comunidad y a ellos entre sí. Todos estos podrían contar muchas cosas y muchas más dejar en el silencio discreto y sereno que se provoca cuan-

do se ha tocado algo importante. Desde el que fue por curiosidad, a aquel que, en un viaje turístico "cayó" por allí, sin haberse explicado todavía, cómo fue aquello que tantas consecuencias tuvo. Desde el que buscando algo que respondiese a sus más íntimas inquietudes, hasta el que, como en mi caso, estuvo "yendo" varios años, terminando por ser llevado por el mismo hermano Robert, gran promotor de vocaciones viajeras, ibéricamente desorganizado e improvisador.

¿Qué han encontrado, qué hemos encontrado allí? ¿Qué ha hecho el que, para nosotros, Taizé sea "una referencia"? ¿Qué ha hecho que nos hayamos sentido tan acogidos y hayamos encontrado una "nueva unanimidad"? Con otras palabras: ¿Qué "está siendo" para nosotros, Taizé?

Para responder a esta pregunta debemos volver a la historia, a lo fluido, a "lo que nuestros ojos vieron y nuestras manos tocaron".

En una tarde de verano, frente a aquel paisaje "paisible", un muchacho español, disconforme, casi "en revolte", me dijo: "Aquí me siento liberado y atado al mismo tiempo. No sé lo que me pasa". Esta afirmación nos pone en camino para comprender lo que está siendo Taizé para muchos, comenzando por sus mismos protagonistas.

Sentirse liberado y atado, a la vez. He aquí un testimonio que es clave para comprender ese humilde signo profético de Taizé. Es también una clave para descubrir algo, al menos, del itinerario espiritual de su fundador, Roger Schutz.

Todas las cosas en Taizé tienen una ambivalencia que este muchacho supo expresar intuitivamente. Esta ambivalencia, que no es ambigüe-

dad hace que la colina de Borgoña esté siempre en la encrucijada. En el último libro del Prior leemos: "para llegar a una nueva era, los cristianos tienen un camino: no ir a remolque de los acontecimientos, sino mantenerse en la encrucijada".

En una encrucijada ha estado y está Taizé. ¿No es esto típico del profetismo? Veamos, conducidos por esta clave, como ha permanecido, a lo largo de los años, y en el presente, una comunidad cristiana en el cruce de los caminos y los vientos.

Nadie puede mantenerse en la encrucijada, si no vive en la constante intuición. Las etapas, los años, los meses y los días de Taizé están presididas por la intuición de lo incierto, de lo que germina, de lo que viene. Esta intuición lleva a descubrimientos y a re-descubrimientos. Así, el ejercicio de la caridad cristiana es descubierta, en sus primeros momentos, como la "novedad" realista de encontrar y "compartir", en concreto, a y con los necesitados, sean abandonados, perseguidos, víctimas de la guerra. Es descubrimiento y novedad por su realismo, por su concreción, por los ámbitos nuevos que pisa. Pero es, sencillamente re-descubrimiento, porque no es otra cosa que recuperación en escenario, en modo distinto, del mandamiento nuevo, pero antiguo de la fraternidad que reconcilia.

El marco y la vida monacal es descubrimiento porque, como por vez primera, los hombres de hoy, los que no tenían tradición inmediata, "inventan" hábito, soledad, clausura, coro y liturgia. Pero es redescubrimiento, porque re-encuentran una tradición secular. Por ello nada mejor que hablar de un "nuevo tradicionalismo" que ha tenido la virtud de animar a la renovación

(por eso nuevo) a la tradición y cargar de tradición a las urgencias nuevas. Encrucijada y hasta aventura peligrosa, asumida en la heroica serenidad.

Taizé durante muchos años ha vivido la "audacia" de señalar fronteras y de vivir en la frontera. Ha conmovido a muchos y les ha emplazado a una liberación y a una aventura. Ha vivido, con su liturgia, con su trabajo, con su reflexión teológica, con su creación artesana y artística, en la frontera de la libertad. Usando hasta el límite la libertad posible de todas las Iglesias, sin rebasarla, sin perder la serenidad. Ha presagiado y anunciado el avance y la creación, pero afirmando siempre la dinamicidad que el propio avance tiene: "puede llegar el día que hasta nuestra liturgia deba desaparecer".

No es de extrañar que para muchos, de todas las Iglesias, Taizé haya aparecido como signo de renovación y hasta de revolución. Pero, cuando las renovaciones y las audacias, han sido realizadas y, algunas de ellas, se han convertido, o van a convertirse en "una ideología más", en un secretariado más, renovación y audacia dejan de serlo.

En ese momento, en el que hemos estado, Taizé y sus amigos con Taizé, no han faltado voces y reticencias que han denunciado el "tradicionalismo", y el que Taizé "ha pasado ya". Esas voces son las de aquellos que no han percibido suficientemente, la ambivalencia de lo profético, la encrucijada constante de lo profético.

En ese momento de transición, cuando ya muchos alcanzaron niveles de los que fue anuncio Taizé, hay que saber percibir la última, o mejor, penúltima "novedad". En estos años recién concluidos,

me atrevería a decir los tres últimos años post-conciliares, Taizé nos ha ofrecido su novedad, su audacia, su contradicción correspondiente: ser signo de recuerdo sereno del pasado. Así ha seguido cumpliendo su ambivalencia profética. En ese juego de descubrimiento y re-descubrimiento, no se puede decir cual de los dos es más importante. Lo profético abarca a ambos.

Me atrevo, ahora, a los treinta años del comienzo de esta aventura a decir que, si Taizé ha ofrecido el signo de la urgencia renovadora, en su momento, en el nuestro, que puede ser de minutos, nada más, ofrece el testimonio, tan audaz y escandaloso como el anterior, de ser signo humilde pero eficaz, para recordar el pasado, la continuidad. Solamente el que ha creado y urgido una audacia fronteriza, puede redescubrir y recrear una continuidad. Y como entonces, ahora sigue siendo una piedra de escándalo. ¿No es esto signo profético? ¿No es propio de lo profético, escandalizar siempre? ¿No es peculiar del profeta, clamar, desde su tiempo, contra su tiempo?

Liberados y atados a la vez, los hombre de Taizé siguen contradiciendo a los fáciles espectadores. Cuando aquel muchacho decía que no sabía lo que le pasaba, es que tocaba la contradicción, sin la cual no se puede vivir la fe de los profetas, el drama de los profetas. Solamente asumiendo la contradicción, viviendo en la contradicción, en la encrucijada, es como se encuentra la liberación "no-contradictoria".

Sería demasiado tópico decir que Taizé ha estado y está más allá o por encima de la división dolorosa existente entre "progresistas" y "conservadores". No sólo sería tópico, sino que sería falso. Taizé está más allá, es decir, en la libertad

de toda circuncisión. Desde siglos se viene oyendo lo mismo: "Si no os circuncidais en la Ley, no os salvais". Esta frase ha cambiado mucho de nombre, pero ha permanecido como actitud. Si no os circuncidais en el tomismo, en el occidente, en lo romano, en la reforma, en la razón, en el marxismo, en Marcuse, no os salvais.

La liberación de estas fórmulas, como condicionantes exclusivistas de salvación es una audacia, cuyos primeros efectos todo el mundo acepta complacido, pero cuyas consecuencias, no todos admiten. El mensaje profético de Taizé consiste en una historia de esfuerzo para superar la circuncisión en sus múltiples nombres.

Esa historia parte de algo muy simple: "Vivir el hoy de Dios". Se ha repetido mucho esta frase. Está en el título de uno de los libros más significativos de nuestro tiempo. Como la otra afirmación y el otro título, "En el corazón de las masas", es el fruto de una experiencia radicalmente contemplativa. Los dos títulos que son anuncio profético de la actitud de fe que se va forjando entre dolores, son expresión de una fidelidad a la voluntad consecrante de la Presencia de Dios entre los hombres. Por eso el punto de partida de Taizé es la búsqueda de lo eterno en la fluidez del tiempo, en la premura de lo momentáneo. Y esta es la causa por la que Taizé no puede detenerse, sino seguir en una constantemente renovada juventud.

La ambivalencia permanente de lo profético nos la volvemos a encontrar aquí y tocamos ya la paradoja. Solamente es posible vivir el "hoy de Dios" en la detención reposada de la contemplación sin descanso. Por ello se configura la vida naciente de la Comunidad diminuta en la "regularidad de la

oración". Una vida en común, centrada en la oración regular, produce la "constante movilidad" para registrar y vivir las presencias en lo movedido del "Dios inmóvil", de lo Absoluto. El resultado es sorprendente. Justo por ese anclaje contemplativo esos hombres, que se reúnen en la fe, ante una oscuridad, ante un silencio, sin "saber" lo que esperan, llegan a la conclusión de que el más firme signo de la inmutabilidad del Dios contemplado en la noche oscura de la fe, es la *provisionalidad*.

La vida contemplativa, en común, les embarca en el momento fugaz que recibe su carga de Absoluto, en la provisionalidad. La consecuencia es sorprendente también: La inicial vocación ecuménica interconfesional se enriquece y amplía "hasta los confines del mundo" y de los hombres y exige una reconciliación, no sólo confesional, sino social, de generaciones, de mentalidades y de culturas.

Esta Unidad, exige, por su parte, un alma única que aliente y "anime", la multiplicidad en que se ha complacido el Padre al crear los mundos. Así se llega a la "Unanimidad en el pluralismo". Y, una vez más, la ambivalencia profética: para tener un alma única, en el respeto de toda variedad, se prevén los sacrificios accidentales de los diversos grupos y mentalidades... "hasta nuestra misma liturgia"...

Sí, hasta nuestra misma liturgia puede desaparecer un día sumida en la Liturgia común recuperada, pero pluralista. Pero si hasta la Liturgia tiene que hacer ese "sacrificio" (nunca mejor dicho), nuestra propia vida también está llamada a cambiar, a renacer, a recrearse. Y así, los modos de trabajo y de sustento, las relaciones con los demás, la "acogida" y el viaje, la presencia "hasta los confines del

mundo"; debe ser diariamente repensada y replanteada.

Y... llegamos al momento presente. Así "está siendo": si en el "hoy de Dios" se vive en la "provisionalidad", renaciendo por la "unanimidad del pluralismo", cuando el palpitar desgarrado de los hombres llama a la caridad última, la voz profética encuentra también un modo paradójico de recrear y dar futuro, en una nueva ambivalencia, a lo que "parecía condenado a ser herencia de la desunión y la ruptura". Si por un lado los hombres, insatisfechos de "las instituciones fatigadas de su largo caminar por la historia", estallan en violencia y si los hombres, aterrados por la amenazadora voluntad de destrucción, caen en una retracción evasiva propia del "angelismo", sólo una nueva ambivalencia profética puede hacer el milagro de "unir lo que parecía disperso".

Esa es "la violencia de los pacíficos". "¿No habrá un tercer camino entre la pasividad y la violencia destructora?". "Este camino cada uno lo descubre por sí mismo. La violencia por Cristo se adapta según la edad y los contextos de la vida. Este camino no se traza de antemano".

En esta coyuntura, en esta nueva interrogante, en este nuevo "hoy" y en esta nueva "provisionalidad", buscando una nueva "unanimidad" en el pluralismo de edades, confesiones y contextos, la voz de la ambivalencia, la voz de Taizé, sigue resonando para liberar y para atar, para ofrecer un mañana que brote de la continuidad. Esa es su pasión, su sacrificio y, por supuesto, el escándalo para muchos.

Si hemos sido fieles al intentar sugerir algo de la historia de Taizé, mirándolo con ojos de fe, con ojos

que quieren abrirse a la contradicción que salva y convierte, no podemos olvidar una intimidad mayor y un futuro mayor. Esa línea que hemos intentado trazar tiene un hilo conductor, escondido e ignorado hasta por sus propios protagonistas. Es el hilo de la temerosa incertidumbre, de la oscuridad y de la experiencia de que todo esto, el paso de Dios entre los hombres,

se realiza en la pequeñez de los mismos hombres.

Solamente la aceptación humilde de esa pequeñez ha hecho posible y hará posible el pasado y el futuro. La plegaria de intercesión que aprendimos en Taizé hoy se dirige, confiadamente, hacia ese futuro de una humilde aceptación de la "debilidad en la que tengo mi fortaleza".

"EN TAIZE LO QUE NOS PARTICULARIZA DEBERA, QUIZA, DESAPARECER UN DIA (...) EL QUE VIVE EN LO PROVISIONAL VE REACTIVADA SU MARCHA HACIA LA UNIDAD. LA AMENAZA POR EXCELENCIA SERÍA EL BASTARNOS A NOSOTROS MISMOS, EL CERRAR EL CIRCULO SOBRE UN TESORO DESCUBIERTO, Y EL INSTITUIR ENTONCES PARA SIGLOS ESTRUCTURAS QUE, UNA VEZ SUPERADAS, SE CONVIERTEN EN FACTORES DE AISLAMIENTO Y NO DE COMUNICACION. EL PURO MANTENIMIENTO DE ESTAS ESTRUCTURAS CONSUME TODAS LAS ENERGÍAS".

Roger Schutz